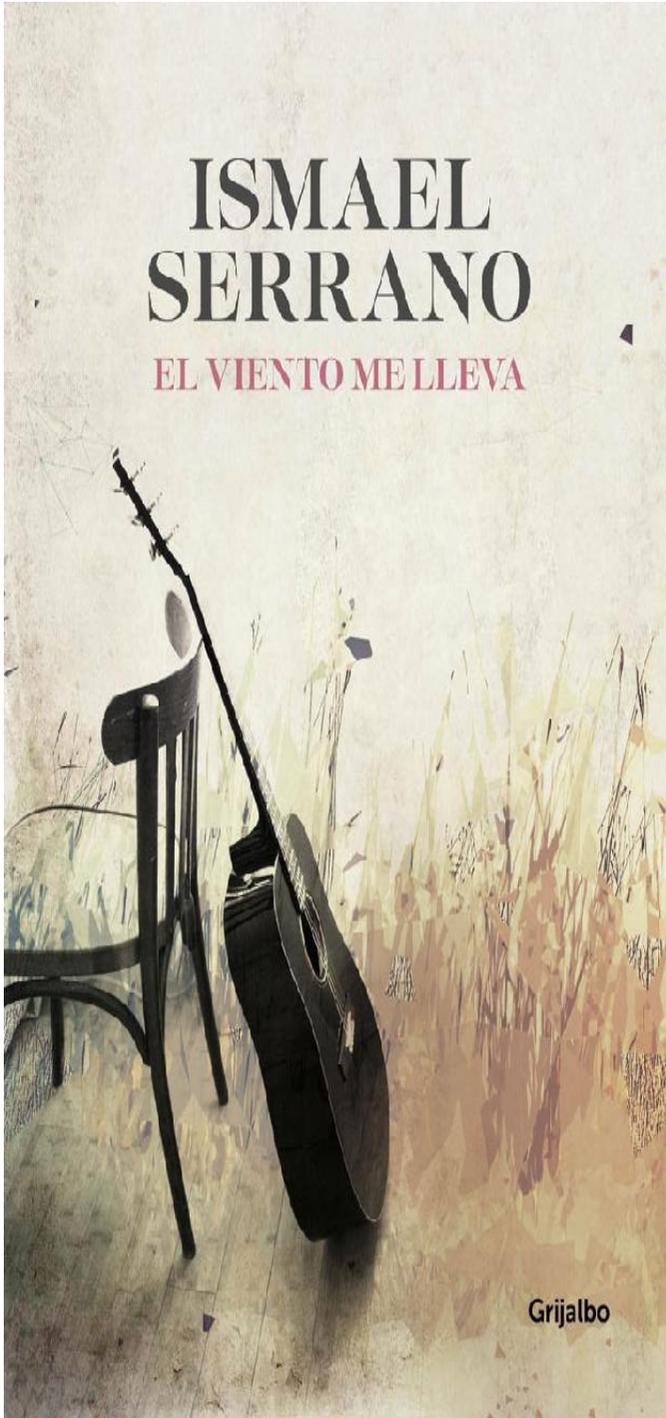


ISMAEL SERRANO

EL VIENTO ME LLEVA



Grijalbo



**ISMAEL
SERRANO**
EL VIENTO ME LLEVA

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Lila.
El viento siempre me lleva hasta ti*

**EL HOMBRE QUE AMABA
LAS DESPEDIDAS**

**EL HOMBRE AL QUE TODO
LE ASUSTABA**

**LA VIUDA QUE SOÑABA
CON EL MAR**

EL HOMBRE MENGUANTE

**EL HOMBRE PANTERA
QUE SUSPIRABA
EN EL METRO**

EL TRUCO DEFINITIVO

OLIVIA Y EL VIEJO VIOLÍN

Conocí a un tipo que amaba las despedidas.

Empecé encontrándome con él, de manera casual, en algunas fiestas y reuniones de amigos comunes. Me sorprendía su calma, su resistencia. Al final, cuando todos ya estábamos bostezando, acusando el exceso de alcohol, él permanecía impertérrito, observando en la distancia, de pie, en un rincón de la habitación, con su vaso en la mano y una sonrisa extraña dibujada en la cara.

Yo, que nunca supe retirarme a tiempo, solía ser a menudo el último en marcharme.

Excepto cuando él estaba.

Coincidimos alguna vez poniéndonos ambos el abrigo, camino de la puerta, alargando la despedida, repartiendo abrazos de borracho. Pero siempre me ganaba por la mano. Y al final me veía en la calle, solo, mientras aquel hombre se las arreglaba para quedarse en la casa, ofreciéndose para ayudar a recoger o prolongando el ritual del adiós alcohólico mientras la noche terminaba.

Se convirtió aquello en una especie de competición absurda, y en cada fiesta me sorprendía a mí mismo vigilándolo de reojo, celebrando infantilmente cuando él decidía abandonar y se marchaba o enojado cuando, al entrar la luz del amanecer por una ventana, me ganaba el cansancio y era yo el que se iba primero.

El sùmmum de aquella estúpida rivalidad nos llevó una noche, después de que se esfumaran todos los invitados, a acorralar al anfitrión tratando de arrebatárle la escoba, intentando convencerlo de lo mucho que nos relajaba fregar platos o de nuestra habilidad para sacar las manchas de vino del sofá. Cada cual esgrimía la ocurrencia más disparatada con tal de que nos dejara permanecer en la casa unos minutos más que el otro. Finalmente, algo asustado, me te-

mo, el dueño de la casa decidía con algo de mal humor ponernos a los dos de patitas en la calle. Y así nos encontramos, ojerosos y derrotados, con la luz del alba alumbrando el portal ajeno, en esas horas en que se mezclan los madrugadores con los borrachos, entre el estruendo de los pájaros que auguran la resaca, mirándonos el uno al otro sin saber muy bien qué decir.

Fue en ese momento cuando decidimos presentarnos y nos propusimos compartir charla mientras desayunábamos, manera tácita de anunciar el armisticio, hartos los dos de tanto trasnoche.

Y así, el tipo que amaba las despedidas me contó su historia.

«¿Por qué eres de los últimos en marcharte?», me preguntaba mientras mojaba un picatoste en el café. Yo me encogía de hombros y respondía cualquier cosa: «supongo que es el miedo a perderme algo». Aunque en realidad era el miedo a regresar a casa y encontrarme a mí mismo.

«¿Y tú?» También se encogía de hombros, pero él luego era sincero: «Me gusta ver a la gente despedirse».

Le emocionaban los besos, los abrazos, las rupturas, los adioses. Intuía la melancolía del que se iba, trataba de adivinar la tristeza del que se quedaba y decía poder ver en el hueco que dejaba el otro un borrón y el deseo de Eso sí: aún sigo siendo el último en irme en cada fiesta. permanecer. No había nada más poético para él que las lágrimas derramadas ante la partida, nada más hermoso que la falsa promesa antes de la separación (ya te llamo, tenemos que vernos más).

Cada tarde al salir del trabajo se subía al autobús que llevaba al aeropuerto y se sentaba en los bancos de la sala de embarque disfrutando del ritual de las despedidas. Prefería los vuelos transoceánicos. El drama era mayor, y el subidón que le provocaba, también. Estudiaba la ceremonia del adiós y había sido capaz de catalogar hasta veintisiete tipos de separaciones. Su preferida era la, según él, menos habi-

tual: la sincera y desoladora. Los protagonistas despidientes abrazados hasta el último minuto, deshechos en lágrimas, haciéndose promesas, uno de ellos retirándose poco a poco, sin dejar de echar la vista atrás, mientras el otro, inmóvil, lo seguía con la mirada hasta que se perdía a lo lejos, para quedarse después paralizado durante un rato largo observando la nada.

Me contaba que, en algunas ocasiones, reprimía el aplauso ante el fingimiento del que se quedaba. Unas veces, el que no viajaba simulaba pena, para suspirar aliviado y reprimiendo casi la sonrisa cuando el otro desaparecía. Otras veces el que fingía permanecía impasible, como quitándole importancia, pronunciando un chau apresurado y soltando una broma en la distancia cuando el otro ya se había alejado, para romper en llanto desconsolado al quedarse por fin solo.

Otros días iba a la estación de tren. «Aunque ya no es como antes —me decía—, la velocidad de las locomotoras ha roto la magia al acortar las distancias.» Le hubiera gustado, me explicaba casi extasiado, asistir a la ceremonia de pañuelos blancos agitándose en el puerto, en los tiempos en los que los océanos se cruzaban en barco y los viajes casi siempre eran solo de ida.

Por eso se marchaba el último. No quería desperdiciar la posibilidad de asistir a un adiós emocionante, ya que, si bien tras la fiesta los adioses no son definitivos, el alcohol predispone al melodrama y de madrugada y borrachos somos capaces de ponernos tremendos y solemnes, aun sabiendo que al día siguiente volveremos a encontrarnos. Era una simulación que le resultaba divertida. No dejaba de ser un sucedáneo, pero le calmaba algo el hambre.

Interrumpió la charla para pedir la cuenta al camarero y pagamos cada cual lo suyo. Al salir a la calle me animé a proponerle que me dejara acompañarlo en su próxima visita al aeropuerto. Sin ningún entusiasmo accedió, nos citamos al día siguiente y cada uno se fue por su lado. Sin despedirnos, por supuesto.

Llegué tarde a la cita y me lo encontré sentado con un maletín sobre sus piernas, entre el trájín de gente arrastrando su equipaje, buscando dónde facturar mientras otros trataban de localizar en las pantallas el número de su puerta de embarque.

Me saludó con un simple gesto, moviendo la cabeza, y lamentó que me hubiera perdido una despedida familiar realmente conmovedora que había tenido lugar unos minutos antes: una muchacha muy joven se marchaba por una beca a Estados Unidos. Me senté a su lado y atendí a sus observaciones. Me dio un codazo para que no dejara de fijarme en la pareja que se besaba apasionadamente. Ella le entregaba una carta y él la guardaba en el abrigo. Mi compañero especulaba sobre su contenido: ¿sería una declaración de amor?, ¿querría romper con él ante lo insostenible de la distancia?, ¿o se trataría de una simple lista de encargos para que trajera a su vuelta? Un señor mayor se iba solo, pero hacía un alto antes de desaparecer como buscando a alguien que faltó a la cita. Una familia numerosa irrumpía con estruendo de llantos infantiles y los abuelos hacían monerías entre el desconcierto y la tristeza. Unos se alejaban sin mirar atrás. Otros no dejaban de hacerlo. Para unos el viaje era el final de todo. Para otros, el comienzo.

Una suerte de vértigo se instaló en mi cabeza, un peso sobre los hombros y al final una náusea incontenible. No tanto por el espectáculo de adioses y lágrimas sino más bien por el deleite obscuro de quien celebraba cada abrazo roto. Decidí que tenía que tomar el aire y así se lo hice saber al hombre que, a mi lado, miraba sin pestañear la puerta por la que se perdían los viajeros. Me acompañó afuera a fumar un cigarro.

El día terminaba. Los taxis llegaban cargados de pasajeros. La gente subía con esfuerzo sus maletas a los carros. Hombres y mujeres corriendo con prisas. Otros resistiéndose a la partida, tomándose con más calma.

Yo apuraba mi cigarrillo, intentando despejar la cabeza y tratando de entender el éxtasis del hombre que me habla-

ba con mirada de loco, como quien, a la salida de una obra de teatro, entusiasmado, analiza cada escena, cada detalle, sin poder contener el torrente de pensamientos. No aguantaba más su delirio. Aproveché un silencio para despedirme apresuradamente: «ya nos veremos en la próxima reunión». «Yo me quedo un poco más», y se dio la vuelta.

La velada me había dejado algo abatido. No tenía ganas de volver en autobús. Decidí tomar un taxi, así que entré de nuevo al edificio para dirigirme a la zona de llegadas.

Subí un piso y me paseé ante las puertas de llegada, camino de la parada de taxis. Las prisas habían desaparecido. A mi lado solo corrían unas chicas con globos y carteles que se dirigían a uno de los grupos de gente que esperaba el arribo de los suyos. Había alguien con un ramo de flores. Otro, como un animal enjaulado, caminando de un lado a otro. Una familia que reía. Conversaciones nerviosas. Muchos con la mirada fija en sus teléfonos móviles.

Un asiento en un banco se quedó libre y decidí ocuparlo. Hacer un alto antes de marcharme.

Entre las tribus de Natal, en Sudáfrica, el saludo más común es *sawubona*. Significa literalmente «nosotros te vemos». A ello se responde diciendo *sikkhona*, «estamos aquí». Viene a decir algo así como «estoy aquí porque me ves». Al verme, tal y como soy, existo. Existo para ti.

Las muchachas de los globos extienden sus pancartas y gritan al ver aparecer a una joven que llora entre la vergüenza y la alegría.

En Armenia existe como saludo la expresión *tsavt tanem*, que se puede traducir como «me quedo con tu dolor».

Una pareja se encuentra. Uno de ellos llora desconsoladamente. El otro lo abraza. Aún no ha podido darle el ramo de flores. Acaba de regresar a Madrid. Pero en algún lado, lejos, ha tenido que despedirse. Algo se quedó allí.

La gente *twi* de Ghana dice al saludarse «*eh ti zain*». Quiere decir «¿cómo está viendo tu alma el mundo?». A lo que se responde «*eyeh*». «Se ve todo.»

Un muchacho joven, sin parar de hablar, besa a sus padres. Tiene tanto que contar que el caudal de palabras se le atasca en la boca y se mezcla con la risa.

«Pura vida», se dicen los costarricenses al saludarse.

Un globo explota y las chicas estallan todas en carcajadas, ya de retirada.

En la cultura inuit «beso» y «olor» se describen con la misma palabra. No se besan frotándose la nariz, tal y como dice el tópico. Huelen sus cabellos y sus mejillas, y el acto se llama *kunik*.

Un padre levanta por los aires a su hijo. Luego, con el niño aún en brazos, hunde su cara en el cabello de la madre y todo vuelve a su lugar.

En Irán, algunos ancianos se saludan tapando sus ojos y diciendo: «Tú eres mis ojos».

Dos amigos salen del aeropuerto. El recién llegado tiene cara cansada. El otro le pregunta por el viaje. El viajero sonríe. «¿Por dónde empiezo?»

Salgo a la calle y me dirijo a la parada de taxis. Por suerte el conductor no tiene ganas de charla. Regreso a casa con una sonrisa estúpida y abro la ventana para que el aire me dé en la cara. Ya es de noche y las luces de la ciudad tiemblan a lo lejos. El día termina y la tristeza se hace humo.

Con el tiempo he vuelto a encontrarme con el hombre que amaba las despedidas. Ya no vigilo sus retiradas y nos saludamos con una simple inclinación de la cabeza, con la mirada cómplice de quien comparte algún secreto. No nos hemos dirigido la palabra desde entonces.

Algunas tardes, rara vez, me voy al aeropuerto, a la zona de llegadas. Miro los encuentros y mi cabeza se convierte en un remanso en el que abrevan las aves que nunca detienen el vuelo. Me curan un poco los arañazos del invierno y los relojes callan. Todo parece encajar. Es como si yo también regresase de un lugar lejano.

Eso sí: aún sigo siendo el último en irme en cada fiesta.



**EL HOMBRE QUE AMABA
LAS DESPEDIDAS**

**EL HOMBRE AL QUE TODO
LE ASUSTABA**

**LA VIUDA QUE SOÑABA
CON EL MAR**

EL HOMBRE MENGUANTE

**EL HOMBRE PANTERA
QUE SUSPIRABA
EN EL METRO**

EL TRUCO DEFINITIVO

OLIVIA Y EL VIEJO VIOLÍN

Tumbados sobre el césped mirábamos la noche estrellada, yo señalaba constelaciones y un avión cruzaba Casiopea. Ella me interrumpía para preguntar en voz alta adónde volaría el artefacto que parpadeaba a lo lejos, quiénes viajarían en él, cuáles serían sus sueños.

Teníamos diecisiete años y le dábamos a todo hecho irrelevante una importancia definitiva: todo nos nombraba y todo nos incumbía, excepto el futuro, que permanecía permanentemente aplazado. Un avión cruzando el cielo era la oportunidad perfecta para soñar con viajes improbables y trascendentales.

Yo seguía a lo mío:

—Si trazas una línea entre esas dos estrellas de la Osa Mayor, prolongándola en dirección a Casiopea, encontrarás la Estrella Polar y así siempre sabrás dónde está el norte.

Se hizo un silencio. Ambos seguíamos con la mirada el lento transcurrir del avión. Era una de las primeras noches de verano y yo estaba enamorado de aquella muchacha. Notaba su hombro junto al mío. No estábamos solos. Era un tiempo en el que las noches de viernes nos convocaban a todos al parque al caer la tarde para leer poesía, beber de la botella de cerveza compartida, jugar a ponernos serios y, sobre todo, enamorarnos.

Otros seguían con sus charlas. Yo, sin saber muy bien cómo, había conseguido tumbarme junto a ella un poco apartado del resto y trataba de impresionarla con mi conocimiento del mapa estelar.

—Mira, casi se puede ver la Vía Láctea. Es una pena que las luces de la ciudad opaquen el brillo del firmamento. ¿Sabes que la Vía Láctea es un brazo de la galaxia en espiral en la que vivimos?

Yo miraba hacia arriba y la imaginaba sonriendo, maravi-